

CUERPOS DE HOJALATA

Natalia
PLAZA MORALES



Cuerpos de Hojalata

Natalia Plaza Morales

Indice

- [I. Envejecer](#)
- [II. Recuerdos](#)
- [III. Rutina](#)
- [IV. Lo inesperado](#)
- [V. Ilusión](#)
- [VI. Remordimientos](#)
- [VII. Mutar de piel](#)
- [VIII. El cambio](#)
- [IX. Mi virilidad](#)
- [X. Proyectos](#)
- [XI. El fuego](#)
- [XII. Sorpresa](#)
- [XIII. Marina](#)
- [XIV. El Viaje](#)
- [XV. Confesiones](#)
- [XVI. La duda](#)
- [XVII. Reencuentro](#)
- [XVIII. Hablando en plata](#)
- [XIX. Pistas](#)
- [XX. El traba-lenguas](#)
- [XXI. Lapsus](#)
- [XXII. Verdades](#)
- [XXIII. Descubrir](#)
- [XXIV. Empezar de nuevo](#)
- [XXV. París](#)
- [XXVI. El sur](#)
- [XXVII. Ellas](#)
- [XXVIII. Necesidad](#)
- [XXIX. Dos cuerpos](#)
- [XXX. El fin](#)

Cuerpos de Hojalata

Primera edición, mayo 2015.

D.R. © 2015, Natalia Plaza Morales

ISBN: 978-2-9552854-1-1

Todos los derechos reservados. Bajo sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Contacto: <https://www.facebook.com/CUERPOSDEHOJALATA>

Prólogo al lector

Esta narración, aunque sólo exista en mi imaginación, es tan veraz como lo son sus personajes: héroes de lo contemporáneo, es decir, seres defectuosos, imperfectos, frágiles, humanos.

Ansío que usted, agradecido lector, alcance a hallar ávidamente que la historia que en las siguientes líneas voy a contarles es vivida cuando es narrada, que es tan real como la de todos los hombres, que es probablemente la mía, quizás la suya.

Agradecimientos

A mi madre, por no refrenar mi insensatez. A mis amigos Astrid y Miguel, por la lectura del texto y las sugerencias.

He cometido el peor de los pecados que
un hombre puede cometer. No he sido feliz.

Jorge Luis Borges, Poemas, El remordimiento.

I. Envejecer

Juventud, divino tesoro... Una melodía recurrente que se repite como una cantinela que me rebota en la cabeza. Me asusta morir. Mi vida se ha convertido en un infierno. En los últimos meses, la idea de la muerte, que acecha sigilosa tras la esquina y que amenaza con quitarme el sueño, ha llenado la mayor parte de mis pensamientos. Sin embargo, he de admitir que esta sensación no es fruto de la vejez sino que me ha estado acompañando en la mitad de mi camino. Incluso ya, a los 25 o 30 años, empezaba a sentir escalofríos al pensar que yo tampoco me libraría de esta cárcel del olvido cuando pasase a fusionarme entre el pelotón de seres sin figura que me precedía. Podía atisbarlos cada vez más nítidamente. Me aterraba el silencio de aquellas formas deformes que contagiaban mis pasos.

Ateo o escéptico, llámenme como quieran, puedo ser realista para algunos o tan sólo un pesimista al que le persiguen sus propias sombras. *Je m'en fous*. Este esperar a «pasar a mejor vida», me está jodiendo —disculpen el mal tono— los años que me quedan, que, con la mejor de las suertes, no deben ser más diez, ¡quince a lo sumo! Me petrifica la idea de yacer en el olvido.

Este tormento que me genera el morir, me ha llevado a crear una nueva actividad lúdica, un «mata-tiempos» al que doy rienda suelta en mis horas muertas y que alimenta mi angustia, mi masoquismo aparente. Cuando paseo o me subo al transporte público, mientras estoy en el supermercado haciendo la cola para pagar mis compras o en el cine

antes de comenzar una película, este juego se activa en mi pensamiento y me retuerzo mirando en torno a mí a todas esas personas que han sobrepasado los años mágicos y que perdieron ya toda luminosidad en sus rostros. Me da por calcular su grado de felicidad o de angustia conforme a las expresiones de sus caras, las arrugas marcadas en su tez y, a partir de ahí, intento adivinar qué vida llevaron en el pasado. Aquellos con grandes pliegues en el entrecejo y en la frente son para mí los más sensatos, los inconformistas, los intelectuales. Mientras que esos con grandes cicatrices señaladas en el mentón y en el surco de los ojos me parecen los más vividores, los incansables bromistas, quienes generalmente han sido también grandes fumadores y bebedores. A raíz de sus pliegues, deduzco a que se dedicaron, incluso entre aquellos que han pertenecido al mismo gremio: el profesor de instituto tiene un buen semblante pero está muy estropeado, mientras que el profesor de universidad aún guarda ese aspecto desenfadado y una mirada profunda pero dulcificada.

Pero en general, todas las personas que rondan los cincuenta o sesenta, con quienes me identifiqué, despiertan en mí una mezcla amarga entre lástima y desmotivación. Yo, a mis 62, formo parte de esta secta a la que soy fiel asiduo, a la que pertenecemos todos los que somos socialmente etiquetados como «los jubilados», abyectos, adheridos sin consentimiento a una orden de la que no podemos abdicar. De esto sólo nos libra la muerte.

¡Qué ironía etimológica la del jubilado! Sustantivo que viene a significar casualmente «viva alegría externa». Me pregunto, ¿quién sería el guasón que puso con recochineo este apelativo a un grupo de personas que ya casi chochear, que se tambalean incluso al estornudar?

Yo, que ya me considero un trapo viejo, un muerto en vida, siempre fui muy consciente de que este instante llegaría en un parpadeo. Sabios los gramáticos que llamaron pretérito imperfecto a un estado para describir y futuro im-

perfecto a un modo de propósitos siempre en movimiento. Tanto uno como otro son dos tiempos puñeteros que se nos escapan y, a menudo, cuando uno ya no puede echar mano al futuro, entonces se reinventa el pasado que nunca tuvo.

II. Recuerdos

Entre todos los nietos de nuestra vasta familia, yo fui siempre aquel que mejor comprendió a mi abuela, la única que nos quedó en vida por mucho tiempo. Mis primos y mis hermanos parecían no entenderla cuando hablaba, las palabras de mi abuela se confundían con el soplar del viento. Ellos reaccionaban ante el lenguaje particular de mi adorada yaya como el animal que percibe el sonido pero que no alcanza a darle ningún sentido. Se dibujaba en sus caras un perfil de indiferencia y de asqueo, que me hacía, incluso desde muy pequeño, sentirme bastante incómodo. Yo observaba con demora a mi abuela, lidiando para formar parte de cualquier discusión, por tener su momento de narcisismo necesario en cualquier ser humano, sus cinco minutos de gloria, de protagonismo merecido. Con la voluntad de echarle un capote, yo le enviaba una sonrisa de complicidad, mueca dibujada bajo compás, que intentaba desaparentar la indiferencia que ella a mí también, por ser vieja, me despertaba.

Me considero alguien bastante intuitivo, siempre pude predecir a tiempo las cosas que me iban viniendo. Otra cosa es que yo quisiera hacer caso a todos aquellos sonidos confusos que dislocan mis conceptos. Supe que esa misma faz que se trazaba en la cara de mis primos nada más oír a mi abuela contar sus batallitas —y digo oír porque escuchar hubiese significado una escasa atención por su parte— les perseguiría como una sombra en un futuro, bajo un semblante difuminado y desconocido, pero dotado de los mis-

mos surcos y expresiones de fastidio que se dibujaban ahora en aquellos rostros joviales y frescos.

Cualquiera de sus mentes incrédulas no alcanzaba a ver más allá de lo que su vida era en aquel momento. Sabiendo esto, adivinando el futuro que me esperaba, yo me esforzaba en intentar sacar una bonita mueca a todas aquellas personas engurrñadas que habían abandonado sus días a la suerte. Intento frustrado. ¿A quién engañar? Mi admiración se traducía en lástima disfrazada. Intuyo que mi abuela lo sabía. Me quería más que al resto, acaso esto se debía a mi esfuerzo y el afán por hacerla sentir aún viva. Y ella lo gritaba a los cuatro vientos, en un alarde de rebeldía, como quien señala a un culpable, con un gesto tan punzante como poético. No tenía ningún reparo en afirmar: «Jorge es mi nieto preferido, mi debilidad, la flor más hermosa en mi jardín».

Lo que mi abuela parecía no adivinar es que yo la adulaba por puro egoísmo. Yo quería admirar a mi yaya hoy para que el destino se apiadase de mí mañana. Pero nadie consigue desafiar al tiempo, y éste me ha reservado la misma acusación de impiedad e indiferencia bajo los ojos de esta juventud «divina poderosa y aprehensiva» de la que yo un día también formé parte.

¡Olíamos a flores silvestres, éramos salvajes, violetas en flor; y ellos, ellos desprendían ese olor a carraza podridal: «Juventud divino tesoro, ya te vas para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer...» El poema de Rubén Darío retumba en mi cabeza como el estribillo de una canción de verano que me produce arcadas de escuchar con tan suma insistencia, incómodo justiciero de mis pensamientos. Pero tengo que soportar este soniquete tarareado en los ojos del gentío, un estribillo que me acompañaba a cualquier sitio y por donde quiera que me cobije, siempre aguardándome.

A decir verdad, en mi juventud yo también jugué con el tiempo. Apelaba a esos seres, cuyas extremidades se

iban deformando ante mi mirada de asombro, los parados sin júbilo. Desde aquí, hoy lanzo una llamada al aire para que algún académico —un tanto avisado tal vez— se decida a dar el paso y se aventure a cambiar el término actual de jubilado por alguno más acorde a la esencia de ser viejo.

He de confesar que por aquella época, yo ya estaba influenciado por lo que todos avistaban y empezaba a filosofar con la vejez: ¿Cómo adoptar un discurso con un sólo modo verbal? ¿En qué sueña una persona sin sueños? Ahora, como gran parte de nuestro colectivo, evito dar respuestas a estas preguntas que seguramente también se hizo mi abuela. Prefiero concebirlas como incógnitas, desplegar mis pensamientos en otros lares.

A pesar de todo, puedo afirmarlo con certeza, el tiempo no es enemigo del hombre, aunque el hombre bien se piense enemigo del tiempo. Hombre y tiempo siempre son y serán dos gemelos que caminan juntos, unidos por un destino indesligable. Y aquellos que hoy llegamos a la vejez con miedos pero sin estar del todo rotos, por ingenuo que pueda parecer, tenemos en mente que aunque derrotados, desgastados y sin fuerzas, nos queda mucha pila por gastar. Queremos pensar que tenemos tantos años por delante como hemos tenido que cargar detrás y que el envejecer nos sienta *de putísima madre*. Este es nuestro gran momento, somos maduros, sin complejos, valientes toreros de juicios y miradas. Lo que nadie parece querer asumir es que de tan maduros, algunos nos estamos pudriendo.

III. Rutina

Aquella mañana, como muchas otras que han conformado estos últimos meses de mi existir, tampoco le encontré el gusto a mi ceremonial matutino que comenzaba con un desayuno insípido. Un café sin azúcar, un zumo de jengibre para mantener a raya el dichoso colesterol —plácidamente acomodado en mis arterias desde tiempos remotos— y todas aquellas pastillitas de tonos avivados que ponen color a mi vida, y que mi estupenda mujer coloca por orden de importancia antes de irse a trabajar.

Nada más beber mi primer sorbo de café amargo, me puse a leer el periódico, a devorar titulares. Desde que me jubilé, me alivia mantenerme conectado a la actualidad, saborear el presente que se me va escapando. Leo todas las secciones, las mastico con ansia. Y gracias a una acción tan trivial, siento una absurda tranquilidad de estar aquí, enganchado con el mundo un día más.

En cuanto a mi mujer, tras mi retirada del mundo activo hace poco más un año, he de admitir que empiezo a experimentar celos por esta nínfula que todavía puede disfrutar de las perversidades de la vida y volver a casa exaltada y malhumorada, echando pestes de sus compañeros y jefes. Como si el centro de su vida fueran ellos, sus banalidades y sus estupideces. Y lo son, todavía lo son. La envidia a rabiar. ¡Cuánto extraño el cosquilleo en el estómago, la desazón que me producía la gente malintencionada, los cretinos, los altivos, los mediocres o esa sensación de plenitud que las grandes compañías me daban! Con mi jubilación,